

EL CRIMEN DE HACER HISTORIA Y CULTURA EN CHILE

Chile, un país en vías de desarrollo del cono sur americano, se caracteriza por su riqueza multicultural humana, hermosos parajes naturales, cuna de aciertos astronómicos y de hombres y mujeres que han sido reconocidos con importantes premios relacionados con el arte y la cultura a nivel mundial. Su paisaje humano es tan diverso que asombra a los millares de habitantes del globo terrestre, mas impresiona también la capacidad social de su pueblo, su posibilidad de organización y su espíritu de superación y de aprendizaje, más allá, incluso, de sus propios medios.

Este país, en el cual nos toca vivir, ha sido testigo de grandes trabajos realizados por personas que desde lo más abajo de la escala social o alejados de las esferas intelectuales dominantes, han posicionado sus obras, fuera de las fronteras, a lo largo de la historia, no siendo, sino que hasta muy tarde reconocidos, ya que en su tiempo fueron silenciados, humillados o incluso anulados.

Nuestra historia patria demuestra con creces, cuan problemático resulta hacer historia y también, por qué no de forma más evidente, hacer cultura y más aún tener el atrevimiento de comunicarla a los demás. De tiempos pasados recordamos a grandes como Lucila Godoy o Gabriela Mistral, quien no es reconocida en Chile pese a los logros, que todos conocemos, recibe del extranjero. Mucho se le criticó por ser autodidacta, un tópico que siempre tuvo presente como la piedra de tope de los académicos e intelectuales chilenos de comienzos del siglo XX, es así que en entrevista con Lenka Franulic en 1952 expresó: “Yo fui una autodidacta, pero el autodidactismo no me parece un ideal, porque es un martirio, aunque yo le tengo apego y se lo aconsejo a quien tenga la entereza suficiente para afrontarlo”, punto que aborda nuevamente en 1954 en una conferencia dictada al volver a la patria: “Repito que no soy más que una persona autodidacta, porfiada, bastante porfiada y

que ha tenido experiencias amargas, con sus jefes y sus colegas a causa de ese, que no ha sido pecado, de ser un autodidacta”.

Las mismas experiencias amargas las vivió Violeta Parra, hoy muy recordada, pero en su tiempo tratada de la peor forma. Nadie hoy, solo hoy, desconoce su importancia, la inteligencia, constancia, entereza, responsabilidad social y cultural, su valor como artista, como mujer y como intelectual americana. Mas, cuando realizó su obra, no tuvo escenarios, sus obras en arpillera nunca fueron expuestas en los salones donde los “señores de la élite intelectual”, compartían como me dice un buen amigo “un wishky mirando obras que no entienden mientras hablan palabras bonitas”. Sin embargo, pese al rechazo en Chile, sus obras fueron exhibidas en el Louvre, en Francia y su música ha sido reproducida en todo el mundo.

Pero, ¿qué ha pasado con la historia?. Bueno, trágicamente en nuestro país, el camino es el mismo y quizás menos venturoso. Desde tiempos antiguos, pero acentuado en el siglo XX, la historia nacional está reservada a ciertas cúpulas elitistas, que hasta la década de 1960, antes de la Reforma Universitaria, mantiene secuestrada en sus “logias sectarias” la verdadera y única historia a la forma de evangelio revelado por unos pocos. Tras la Reforma, de las elites pasa la historia a ser escrita por la academia, la que prodiga grandes avances, que son frenados tras el quiebre constitucional en 1973. Luego de este quiebre las elites vuelven a lograr renombre y se posicionan como grupos funcionales capaces de entregar y producir una verdad histórica necesaria para fundamentar el quiebre de dicho año.

Hoy, la academia radicada en los establecimientos de educación superior ha asumido su rol de investigar profesional y seriamente la historia, lo cual es destacado, mas también ha acarreado alejar la historia de la ciudadanía, al incluir en esta, conceptos de filosofía histórica o esquemas tan complejos que se alejan del quehacer mundano y del entendimiento común, sin embargo, aporta siempre la opinión más dura y

profesionalizante de esta parte del saber social antiguo. Por otra parte, los grupos elitistas, anquilosados en la versión decimonónica de la historia, aquella que no es de todos, sino que de unos pocos que se reúnen una vez al mes a conversar un tema determinado para el que son citados algunos pocos en algún edificio céntrico, han quedado desplazados, ya que no involucran a la comunidad en sus actividades, sino que muy por el contrario la alejan.

Sin embargo, fuera de estos dos grupos han surgido movimientos desde las regiones y provincias especialmente, que han entregado nuevas concepciones acerca de la historia y la forma de darla a conocer, causando, lógicamente impacto en ambas instituciones acostumbradas a luchar solas entre sí, por esa joya intocable que es la historia. Es esta la concepción que ha cambiado, ya que estas nuevas organizaciones no creen que la historia sea de propiedad de alguien, sino que de todos.

Un caso de ejemplo de esto que comentamos es la Sociedad de Estudios Históricos, Arqueológicos y Geográficos de Chile, antes Sociedad de Historia de la Provincia de Marga Marga y, a pesar de cierta élite ambiciosa del saber histórico, anquilosada, vetusta y cerrada, Sociedad de Historia y Geografía de Chile. Esta es una institución privada, sin aportes del Estado, que estudia la historia de forma novedosa, no privativa, sino que comunitaria y con actividades abiertas a la comunidad, particularidad que le ha valido una serie de problemas ante los grupos dominantes o “dueños” del saber histórico.

Es así que esta Sociedad trabaja codo a codo con la comunidad, realizando por ejemplo talleres con escolares de enseñanza media denominados “Jóvenes Historiadores” o “Jóvenes Arqueólogos”, este último denunciado recientemente por un destacado licenciado en historia, magister en historia de una universidad tradicional local y director de un grupo arqueológico de la zona central, por “enseñar a los niños y niñas el patrimonio arqueológico y no cuidar que estos niños se lo

puedan robar para si, pues nada garantiza que no concurran algún día estos mismos estudiantes o sus amigos y se lleven las piezas que se les muestran”, como expresó en su intervención al presentarse este proyecto en las X Jornadas de Patrimonio en Viña del Mar y explicar cómo los jóvenes conocieron una piedra con tacitas de más de 2 metros de largo y con un peso de varias toneladas, imposible, lógicamente de ser levantada por cualquier ser humano. Tal denuncia, llegó rápidamente oídos del Consejo de Monumentos de Valparaíso, el cual realizó una investigación percatándose tras interrogar a los directores de dicha Sociedad y a la docente del establecimiento que estaba a cargo del taller, que a los alumnos se les había enseñado acerca del poblamiento americano y los grupos indígenas locales, por lo que su encargada y quien llevaba la investigación tuvo que disculparse privadamente, no atreviéndose a hacerlo de manera pública. Un caso similar, pero con otro resultado sucedió cuando se descubrieron los restos de un mastodonte o “Gonfoterio” en Quilpué, los cuales iban a ser vendidos a un comprador extranjero, mas para evitar este tráfico de especies fueron rescatadas y entregadas a un museo local, lo cual le valió a quienes intentaron la acción de salvaguardar el patrimonio, que fuesen denunciados por el Consejo de Monumentos Nacionales y sometidos a proceso en investigaciones penales llevadas a cabo por la Fiscalía de Quilpué, todo por el crimen de llevar las piezas a un museo y evitar que fuesen vendidas.

Finalmente, los breves datos que apuntamos nos dan cuenta acerca de la realidad cultural que vive el país, más allá de las cifras, de las propuestas y los slogans políticos o gubernamentales, las instituciones más pequeñas que no se alinean bajo el amparo de otras más grandes, pero anquilosadas en el pasado, fenecidas y sin representatividad nacional e internacional. Estas instituciones son atacadas desde diversos frentes, sólo por el hecho de realizar talleres para los jóvenes, capacitaciones a adultos mayores, rescatar especies arqueológicas, poner en valor el patrimonio indígena con comunidades ancestrales, en suma, se persigue la historia comunitaria,

la historia que es de todos, con el sólo fin de poseerla para sí y lograr dominar a las masas. Mas aún, se persiguen estos proyectos al nacer desde fuera del seno de instituciones “clásicas” o “centenarias” hoy no funcionales y ser muchas veces conformados por autodidactas, cometiendo el mismo crimen a que ya sentenció Chile a Gabriela Mistral o Violeta Parra, por el sólo hecho de ser “*autodidacta, pero el autodidactismo no me parece un ideal, porque es un martirio, aunque yo le tengo apego y se lo aconsejo a quien tenga la entereza suficiente para afrontarlo*”.

Ricardo Andrés Loyola
Profesor Historia del Derecho
Facultad de Derecho
Universidad Adolfo Ibáñez